



ESTOY AQUÍ

Ilustrador Leonor Pérez

Calma

Estoy tendida sobre la hierba alta. Respiro y el aroma intenso de las flores cercanas, me acaricia las fosas nasales, provocando una sonrisa. El cielo está interrumpido por varias nubes que se persiguen, imperfectas, irregulares, flexibles, hermosas. Pienso que debí colocar una manta, pues la humedad llega a mi espalda, pero ese es un tema de poca importancia ahora. Decidí dejar que mi cuerpo descansara. Mi mente divaga.

Manchas...las cosas están llenas de manchas. Sube una mariquita por una hoja, brillan los puntos negros de su caparazón. Y así empezó todo. Me miraba al espejo y lo primero que veía era el lunar instalado entre mis ojos, en el puente de la nariz. A veces me parecía más oscuro. No me gustaba.

Fui a la consulta del médico, quien con mucha prisa, puesto que se iba de vacaciones, me dijo que el lunar era "maligno", un melanoma, y que había que operarlo lo antes posible. Había pensado en esa posibilidad, pero no es lo mismo escucharlo. Bien - dije- así que esto era todo, se terminó el camino para mí. Lo encontré demasiado breve y aburrido.

Hice maletas y partí. Después de todo, no había mucho que empacar. Una noticia como la que acababa de recibir, aligera la carga de súbito y uno se deshace de todo lo que no es importante.

No conocía la capital. El calor me era tan ajeno como todo lo que me esperaba. Se confirmó el diagnóstico y tuvieron que operarme. ¿Adónde se fue esa mariquita? Cuando niña me gustaba unir los puntos y descubrir la figura que ellos formaban. Cuando algo inesperado pasa en tu vida, tiempo después descubres cuál es el significado, es decir, unes los puntos y te encuentras con la lección aprendida o el regalo. Más de una década después, aún intento unir esos puntos.

Mientras esperaba el resultado de la biopsia, visité el zoológico. Nunca había estado allí. Fue una larga caminata, con muchas jaulas. Yo estaba encerrada también. Hubiera querido derribar todos los barrotes y escapar. El tigre blanco escuchó los gritos del público, se puso de pie y comenzó a avanzar lentamente hacia la reja. Su paso era firme, seguro y su mirada aún feroz se posó en la mía. Por unos segundos su fuerza fue mía, el sublime contacto me bastó para entender que no son las jaulas las que nos detienen, son nuestros temores los que nos encarcelan. Regresé al departamento con más esperanza, en mi alma brillaban los ojos del tigre.

Hubo que operar de nuevo. Casi me compadecí de la decepción del doctor. Esta vez tendría que pasar unos días en el hospital. Me hicieron más exámenes. -Usted, ¿sabe rezar el Rosario?- la señora de la cama de al lado me hablaba con voz suplicante. -No lo sé hacer muy bien, pero puedo intentarlo- le dije. Y nos quedamos dormidas entre misterio y misterio.

Me dieron de alta y recorrí varias cuadras con un gran parche en la cara. Desperté la curiosidad de varios transeúntes, quienes sin disimulo, se detenían para mirarme. Se terminaron así mis intentos de pasar desapercibida, creía que en una ciudad tan grande, nadie lo notaría. Estaba equivocada. Seguro nacieron en su imaginación varias historias para explicar mi vendaje.

La herida se negó a cerrar deprisa. Se tomó su tiempo y me quitó varias horas de sueño. El parche seguía allí y bajo él, nacía una perfecta cicatriz. Fue resistente. Se quedó en mi rostro.

Recorrí iglesias, prendí velas, descubrí varios santos. Los viajes fueron parte de mi rutina. Regresé a casa muchas veces y otras tantas la dejé, sin saber cuándo ni cómo volvería. Decidí organizar mi vida por capítulos: todo sucedía antes o después de cada ausencia.

El miedo no se extingue, se transforma en compañero.

El viento sopla suave. Mueve las ramas que me rodean y las dobla con gentileza. Todos los tallos son distintos: el verde es un color que se multiplica en matices, unas hojas se deshilachan, otras brillan, tienen surcos. Como mi rostro ahora.

Sigo aquí, pero no soy la misma. Somos arcilla en manos de las experiencias. También el cielo, las nubes, las ramas, han cambiado. Lo inmutable permanece, lo demás se transforma. El camino nunca es breve, es eterno y cada día es una caja de sorpresas que me entusiasma e inspira.